

Alicante, Valencia, Mediterráneo

Manuel Alcaraz Ramos

Leo unos consejos psicológicos sobre cómo iniciar las vacaciones, como, desde hace años, se nos advierte acerca del final de las mismas y los gravísimos daños que a la psique provoca tan nefasto suceso. No sé cómo se toma el asunto Luis Fernando Cartagena, obligado por un monjil acaecimiento a tomarse un descanso en sus edificantes actividades. Quizá de ahí que el señor obispo nos enviara hace unos días una epístola sobre el merecido asueto –aunque no citó al ladrón conventual–. Si lo sabrán ellos, que Dios trabajó seis días y, desde entonces, y hasta la fecha, vaca, permitiendo así toda suerte de interpretaciones. Por eso, ser como Dios no está nada mal, porque te ahorras una pasta en analistas, siempre más caros que los empalagosos teólogos.

Quien sigue necesitando urgente psicólogo es Alicante, tan lastimada, ¡ay!, en su autoestima. Hace unos días leí un interesante reportaje sobre el despertar de los hoteleros locales ante el avance de Valencia. ¡Anda la osa!, ¡y se enteran ahora! Dareles consejo: hagan turismo, señores. En Valencia, por ejemplo. Ya sé que es inconveniente incitar a las élites alicantinas a viajar, pues, salvo que sea en yate, es cosa que se suele considerar de mal gusto y no digamos nada si el viaje es a Valencia, esa ciudad envidiosa, hortera y canalla. Pero, qué le vamos a hacer, es que de la comparación con Valencia es de donde surge el agravio. Vayan pues. Pero les sugeriría que, una vez pertrechados de plano y ubicados en la puerta del palacio del Marqués de Dos Aguas, en la plaza de la Reina o en la avenida de Francia, guarden el bloc de los agravios, dejen de sumar lo que la Generalitat gasta allí y no aquí, y se dediquen a gozar de lo mucho que Valencia ofrece hoy a los visitantes. Ahí está la madre del cordero.

Porque el atractivo de Valencia no viene dado por la realización de “eventos” sino por la propia ciudad. Y es que en la nueva dinámica de la competencia urbana lo importante no es lo que se hace “en” la ciudad, sino lo que ofrece la ciudad como unidad identificable, legible y vivida. Los eventos se pueden captar sólo si previamente la ciudad funciona, pero a base de grandes fastos no se hace la ciudad ni se cautivan visitantes. Dicho esto me apresuro a afirmar que sobre Valencia pesan numerosas y razonables críticas: un urbanismo dual y fastuoso que olvida pedazos de la trama urbana, que permite pelotazos urbanísticos característicos y que barre barrios enteros. Todo eso es cierto, pero es que estamos comparando con Alicante. Y es cierto que, en Valencia, la Generalitat ha invertido millones y millones que aquí no aparecen, pero, también es cierto, la Valencia actual obedece a un designio estratégico, con líneas de continuidad apreciables desde el primer Ayuntamiento democrático –el antiguo lecho del río como línea vertebral–. Nada que ver, por tanto, con la improvisación cutre y endémica de Alicante. No se trata, pues, de pedir inversiones, sino de saber para qué se van a usar. Se trata, eso sí, de advertir que en Valencia se ha hecho mucha política –guste o no– y que no se ha dejado todo a los amigos ventajistas de turno. Sólo así se explica la Ciutat de les Arts i les Ciències –con un número de visitantes mayor que el Museo del Prado o la Sagrada Familia– que fue idea del último Consell socialista o los avances en la revitalización del centro, y, todo ello, con una economía mucho más diversificada que la alicantina. Y sin necesidad de sentirse “ciudad turística” –creo que esto es lo que más le favorece–.

Vayamos, pues, a reposar al diván valenciano, a ver si somos capaces de entender lo que

está pasando, que va más allá de pedir Palacio de Congresos sin pensar en quién organizará los congresos o en qué ciudad aburrida y sucia se encontrarán los congresistas. A ver si se dan cuenta algunos que ciertas opciones precisan de una escala demográfica que Alicante no va a alcanzar mientras siga ignorando proyectos comunes con Elche. A ver si son capaces otros de apreciar que el modelo valenciano es un modelo distinto que el de sol y playa, que es otra cosa este turismo urbano en términos de movilización de recursos. A ver si somos capaces, en fin, de dejar de llorar para copiar –sí, para copiar– lo mejor y evitar lo malo. A ver si somos capaces, por ejemplo, de decir que las apuestas que se van perfilando por miles y miles de viviendas para el negocio de unos pocos cuando pase (?) esta crisis, sigue siendo apuesta segura para destruir lo que mejor tenemos y lo que podríamos ofrecer: una ciudad grata, recogida e integrada. Esa es la reflexión a hacer y no pedir más “promoción”. No sumemos, en fin, a nuestras múltiples enfermedades del alma la de la “eventitis”, que no nos profesionalicen en vivir del aire, del aire de las velas que pasan, que ya veremos lo que queda –urbanística y económicamente– tras la fulgurante rutilancia de la Volvo. Y otra lección para afrontar la caída de autoestima: en Valencia y en otras ciudades hay conflictos enormes pero hay algunos espacios para que los políticos hagan política, incluyendo la articulación ordenada de demandas ante instancias superiores; y hay recursos en la sociedad civil para buscar áreas de encuentro, ambiciones compartidas – incluyendo empresarios críticos con el poder u ofreciendo fórmulas para inversiones globales a largo plazo–. ¿Es eso posible aquí o es mejor placebo la lagrimita reiterada?

[Una anécdota: cuando era director de la Sede de la UA hice la modesta propuesta de editar un folleto, para repartir en hoteles, con todas las actividades culturales de Alicante. Ni asociaciones de hoteleros, ni Ayuntamiento ni Generalitat encontraron los 5.000 euros que podía costar anualmente la iniciativa].

(Y ahora toca lo de la Casa y Sede de la Unión del Mediterráneo, y emprenderemos el enésimo camino del agravio. Pero podemos pedir la Sede, o no, pero lo cierto es que Barcelona ya ha ofrecido, nada menos, que el Palacio de Pedralbes. Aquí, en cambio, PP y PSOE disputan por administrar la cochambre de una estación abandonada; el PP se opuso a la idea de la Casa desde el primer día, y el PSOE no es capaz ni de limpiarle la fachada. Yo no sé a usted, pero a mí, esto, más que rabia, ya, me da vergüenza, mucha vergüenza. Y me aburre.).